

“PADRES INCÓMODOS, HIJOS SALVOS”

(Domingo 31 de mayo de 2015)

(Por el pastor Emilio Bandt Favela)

(No. 594)



***“Pero sabed esto, que si supiese el padre de familia a qué hora el ladrón había de venir, velaría ciertamente, y no dejaría minar su casa”
(Lucas 12:39)***

Los hijos son de Dios y nos los ha prestado por un poco de tiempo para que nosotros como padres los eduquemos y los formemos.

Las palabras de la hija de Faraón a Jocabed, la madre de Moisés: “... **Lleva a este niño y créamelo, y yo te lo pagaré...**” (Éxodo 2:9), deben ser tomadas por los padres de familia como palabras que el mismo Señor les está diciendo.



JOCABED RECIBE DE LA HIJA DE FARAÓN EL ENCARGO DE CRIAR A MOISÉS

Y si es así, y así es, entonces estamos conscientes que un día nos presentaremos ante el Juez Justo y rendiremos cuentas de esta mayordomía paternal. Y creo que no me equivoco al afirmar que estamos haciendo nuestro mayor esfuerzo, procurando el mejor ambiente, la mejor crianza, la mejor educación y en lo posible el mejor bienestar para nuestros hijos.

Pero hay algo en que los padres debemos estar más pendiente y que no podemos descuidar de ninguna manera. Es algo por lo que debemos luchar a brazo partido, sin pedir ni dar cuartel, sin rendirse nunca, sin claudicar jamás: Luchar por la salvación de nuestros hijos. No podemos descansar hasta no ver a nuestros hijos, a cada uno de ellos, totalmente entregados al servicio de Cristo. Amados, de nuestra diligencia en asegurarnos que nuestros hijos son salvos, depende su destino eterno.

Los padres de familia no podemos dormirnos en nuestros laureles. Tenemos que hacer una lectura de los peligros que acechan a nuestros hijos ya sea por la enseñanza que reciben en sus centros escolares; o por las malas compañías que les rodean, o los lugares que frecuentan, o lo que hacen aún en casa frente a una computadora o simplemente frente al televisor.

O por otro lado, el terrible peligro que existe cuando dejan de asistir al templo, o dejan de orar y leer la Biblia en casa o dejan de servir al Señor.

Queridos padres, estén alertas y tomen acciones de inmediato, antes que sea demasiado tarde. Mientras ustedes puedan hacerlo, deben hacerlo.

Nuestro Señor Jesucristo enseñó mucho acerca de la familia, pero se especializó en el padre de esa familia. Es interesante ver que en algunas de sus parábolas usó la figura paterna para dar mayor claridad y fuerza a su doctrina. Usando solo el evangelio de Mateo encontramos cinco parábolas donde el Señor mencionó al padre de familia: (1) La del trigo y la cizaña (Mateo 13:27); (2) La de tesoros nuevos y viejos (Mateo 13:52); (3) La de los obreros de la viña (Mateo 20:1); (4) La de los labradores malvados (Mateo 21:33) y (5) La del padre de familia que vigila (Mateo 24:43).

Precisamente, quiero tomar ésta última pero usando la versión del evangelio de Lucas para ilustrar la importancia del papel de los padres de familia en la salvación y santificación de sus hijos. El texto dice: ***“Pero sabed esto, que si supiese el padre de familia a qué hora el ladrón había de venir, velaría ciertamente, y no dejaría minar su casa” (Lucas 12:39).***



1. El Buen Padre de familia está preparado para el elemento sorpresivo: ***“Pero sabed esto, que si supiese el padre de familia a qué hora...”***.

Nuestro Redentor usó el ejemplo de un ladrón para ilustrar sobre lo imprevisto. En la vida hay muchos “ladrones” que quieren hacer daño a nuestra familia y ellos nunca avisan su ataque, siempre éste es sorpresivo. ¿Qué cosas pueden llegar al hogar en forma sorpresiva? ¿Qué cosas sabemos que pueden llegar pero cuando llegan siempre nos sorprenden?

Pero el buen padre de familia siempre está preparado para el elemento sorpresivo. Y su mejor preparación es conducir a su familia a una correcta relación con Dios, a instruirles en las Sagradas Escrituras, a observar el culto familiar, a fomentar en cada miembro de su familia una vida devocional vigorosa que les permita afrontar y vencer toda seducción de parte del maligno y del mundo. Así no habrá “sorpresas”.

2. El buen padre de familia está preparado para el elemento nocivo: ***“... el ladrón había de venir...”***. Por ladrón debemos entender todas esas cosas que nos afectan tanto que nos roban muchas cosas buenas de nuestra vida. Pero es claro que no se trata tan solo de joyas o dinero, sino también valores, principios, capacidades, voluntades, afectos, confianza, amor, paz. El ladrón del que habla la Biblia puede venir y hurtar la vida espiritual de nuestros hijos que, por supuesto, es más valiosa que las cosas materiales.

En la vida moderna hay muchos peligros, nuestros jóvenes están asediados por el mal, por el pecado, por la tentación. Cada vez es más fácil degenerar la vida. Hay muchos que acechan a nuestros hijos a fin de devorarlos.



Me llama la atención que el Iceberg contra el que chocó el Titanic el 14 de abril de 1912, era una montaña de hielo que sólo asomaba el 10 % de su masa total. Así, muchos se ocultan en las penumbras del pecado para atrapar a nuestros hijos. ¿Cómo estamos edificando a nuestros hijos? ¿Qué tanto les estamos enseñando acerca de los valores espirituales? ¿Son nuestros hijos enteramente cristianos?

El buen padre de familia no permite que el enemigo le ate y saquee los bienes de su casa: La santidad en su hogar, la acción de gracias, la adoración; por otro lado el respeto, el amor, la confianza, y tantas otras muchas cosas que deben permanecer, pero sobre todo la salvación de sus hijos. El buen padre de familia está preparado contra cualquier “ladrón”. ¡Tengamos cuidado!

3. El buen padre de familia está preparado con el elemento preventivo: “... **velaría ciertamente...**”. He aquí el mejor antídoto contra el elemento sorpresivo: Velar, estar alertas. El buen padre de familia está en vela, en posición de alerta siempre. No permite que su casa sea minada en ningún aspecto, ni espiritual, ni moral, ni aún material.

El buen padre de familia tiene esa visión espiritual y puede hacer una lectura de los peligros que acechan a sus hijos cuando andan con malas compañías, o cuando empiezan a frecuentar lugares no santos. El buen padre de familia está en perfecta vigilia.

4. El buen padre de familia está preparado con el elemento defensivo: “... **y no dejaría minar su casa**”. La defensa es el mejor antídoto contra el elemento nocivo.

El buen padre de familia defiende su casa, sus hijos, su esposa. Así, con garra, con pasión, el padre de familia debe defender a su familia de todo mal, de todo daño, de todo perjuicio. Si usted se está dando cuenta que sus hijos corren un grave riesgo, ¿Qué acciones debe emprender a fin de defenderlos de ese mal?

Para con Dios: Ore, suplique, pida misericordia. Para con su familia:

Predíqueles la Palabra, ínsteles a tiempo y fuera de tiempo; redargúyales, repréndales, exhórteles con toda paciencia y doctrina. Pida sabiduría de lo Alto, no deje de marchar por esta aventura de ser padres bien tomado de las manos del Señor. ÉL le bendecirá grandemente.



El apóstol Pablo en su segunda epístola a Timoteo capítulo tres nos comparte un manual para ayudar a nuestros hijos en su vida espiritual:

1º Con diálogo, advirtámosles (2 Timoteo 3:1-9).

Pablo inicia el pasaje con un: “**También debes saber esto...**”. Esta es la actitud ideal de un buen padre de familia. Sentarse y charlar con su hijo acerca de los peligros que le acechan a cada paso de su vida. Los padres deben acercarse más a sus hijos y entablar buena comunicación.

Aquí el anciano misionero nos presenta una guía de lo que debemos hablar con nuestros hijos. El propósito es advertirles de los malos pasos para que no tomen el camino equivocado.

Veamos tres cosas que el apóstol a los gentiles abordó en su diálogo con su hijo espiritual Timoteo:



EL APÓSTOL PABLO Y TIMOTEO

1. Le advirtió acerca de cómo son los hombres perversos (3:2-5). Notemos que los detalla con veinte características todas ellas cargadas de maldad. Aunque Timoteo no era un polluelo y ya no se cocinaba al primer hervor, de todas formas Pablo creyó prudente advertirle acerca de esto. Lo que quiero decir, amados, es que nunca es tarde para dialogar con nuestros hijos, para conversar, para platicar acerca de las cosas de Dios y lo que el Señor espera de sus vidas. Nunca es tarde amonestar a los hijos si están tomando un mal sendero. Si como padres no lo hacemos nadie más lo hará. Observemos que después de describir a los malvados en forma tan minuciosa, el apóstol hace una firme recomendación: “... **a éstos evita**”.

2. Le advirtió acerca de lo que hacen los hombres perversos (3:6-8). Tres cosas caracterizan su actuar: (1) Cometan adulterio. (2) Resisten a la verdad. (3) Son reprobados en cuanto a la fe. Es decir, condenados, sentenciados por Dios.

Los padres de familia debemos tratar de evitar a toda costa que nuestros hijos se metan en problemas morales y espirituales que les traigan trágicas consecuencias.

3. Le advirtió acerca de lo que les espera a los hombres perversos (3:9). No prosperarán, no podrán ir más adelante. Su insensatez se hará manifiesta. Así será el destino de los malos, serán pronto cortados (Salmo 37:1-2).

2º Con testimonio, prediquémosles (2 Timoteo 3:10-13).

De mayor poder que las palabras es el testimonio. Lo que se hace habla más fuerte que lo que se dice. Pablo enseña aquí que podemos usar nuestro testimonio como una herramienta eficaz en la instrucción de nuestros hijos.

Un buen testimonio es de dos clases:

1. El testimonio de las virtudes cristianas (3:10).

El apóstol se apresura a enlistar siete virtudes cristianas de las cuales ha echado mano para dejar en Timoteo una honda huella.

Nuestros hijos deben ver nuestras virtudes y principios cristianos. Eso les inspirará a ser más semejantes a nosotros. Hay en todo hombre una tendencia innata a imitar a los demás, sea bueno o sea malo. Así que amados, procuremos que el ejemplo que les damos sea el mejor posible.

2. El testimonio de las actitudes cristianas (3:11-13).

Pablo da testimonio de sus reacciones ante sus padecimientos. Timoteo debió ser testigo de lo que el apóstol sufrió en Antioquía, Iconio y Listra. En ésta última ciudad Pablo fue apedreado hasta darlo por muerto. Amados, nuestro testimonio de cómo enfrentamos las cosas cuenta mucho. Es lo que más se graba en la mente y corazón de quienes nos rodean, especialmente en el alma de nuestros hijos. ¡Dejémosles el legado de un buen testimonio!

3º Con las Escrituras, enseñémosles (2 Timoteo 3:14-17)

Además del diálogo y el testimonio, usemos otra arma efficientísima: La Palabra de Dios. Pablo le recuerda a Timoteo que desde niño ha sido instruido por su madre Eunice en las Sagradas Escrituras. Para el apóstol Pablo el único camino para la salvación es la fe en Cristo Jesús y la fe viene por el oír y el oír de la Palabra de Dios (Romanos 10:17). Pero ya una vez salvado, el hombre necesita perfeccionar su vida cristiana y para esto no hay otro instrumento más útil que las Sagradas Escrituras. El apóstol enumera aquí las cuatro cosas que la Palabra de Dios hace en nuestra vida: (1) Enseñar. (2) Redargüir. (3) Corregir y (4) Instruir en justicia. Si nuestros hijos son alimentados con la Palabra de Dios se verán fortalecidos con estos cuatro nutrientes que no les permitirán desviarse del camino correcto. Amados, cada vez que abramos las Sagradas Escrituras en nuestro hogar, Dios y solo Dios será el Maestro de nuestros hijos. ¡El ministerio de la Palabra es esencial en el seno de nuestra familia!



Con sincero aprecio
Pastor Emilio Bandt Favela

RINCÓN PASTORAL:

“CUATRO PASOS EN LA EXHORTACIÓN”

1. Afirme su rostro. No rehúya confrontar a sus hijos. No pase por alto los errores de ellos. Nunca solape sus pecados. No tenga temor. Afirme su rostro. No evada, no dilate, no posponga la exhortación.
2. Señale el pecado. Sea valiente para señalar los errores. Es necesario que nuestros hijos sepan que es lo que están haciendo mal y por qué.
3. Establezca los pasos para la solución. No se conforme con pedir un cambio en el comportamiento, también diga cómo pueden hacerlo.
4. Presente la alta calidad de la vida cristiana. Recuérdeles que ya no viven para sí, sino para Aquel que murió y resucitó por ellos. Ahora viven para Cristo.

“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, más vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”
(Gálatas 2:20)